



## ACTO CUARTO

Campamento de D. Enrique. En medio de la escena la tienda de Beltrán Duguesclín, sobre la que habrá un farol encendido, y dentro de la cual aparecen sentados éste y Olivier de Manni y otros caballeros franceses. Alrededor, y en lontananza, las otras tiendas del campamento. Amanece.

### ESCENA PRIMERA

EL VIZCONDE, BELTRÁN DE CLAQUIN  
y OLIVIER DE MANNI

VIZCONDE

Miradlo, mosén Beltrán,  
con detenimiento y calma,  
que es feo acudir á engaños  
con las manos en las armas.

BELTRÁN

Señor Vizconde, está hecho;  
la noticia está ya dada  
á don Enrique, y ofrece  
doble de lo que él nos daba,  
y son cuatrocientas mil  
doblas de oro castellanas.

OLIVIER

Eso bien vale, señores,  
una traición diplomática,  
que al cabo, si bien se mira,  
está siendo necesaria.

BELTRÁN

Sí, por cierto; ese don Pedro,  
¿qué puede esperar ya? Nada.  
Cercado en ese castillo,  
sin víveres y sin agua,  
sus gentes á nuestro campo  
pasándosele á bandadas,  
olvidado de Inglaterra,  
aborrecido de Francia

y odiado en su reino mismo,  
no le queda otra esperanza  
que entregarse; á esto vendría  
á parar hoy ó mañana.  
Su hermano, mientras él viva,  
el objeto de sus ansias  
no ha de lograr, conque es claro  
que un día ú otro le mata.  
Y en tal caso....

OLIVIER

Ciertamente  
lo mismo es hoy que mañana.

VIZCONDE

Sí; pero el Rey de Castilla  
es sólo don Pedro.

OLIVIER

¡Vaya!

BELTRÁN

Mas ¿qué le vale ¡ya se ve!  
ser legítimo en su raza,  
ser heredero de nombre,  
si el de la sangre bastarda,  
más poderoso y más terco,  
se le lleva la jornada?  
Y en fin, no es malo un bastardo  
para lo que hoy es España,  
que en tierra en que reinan moros,  
con un mal cristiano basta.

(Se ríen.)

VIZCONDE

Paréceme, caballeros,  
que es esa risa insensata,  
al menos intempestiva;  
y por la cruz de mi espada  
os juro que, más que á risa,  
me mueve don Pedro á lástima.

OLIVIER

Paréceme, buen Vizconde,  
que han sido vuestras palabras  
sin tiempo en pro de don Pedro,  
muchísimo interesadas.

VIZCONDE

Mis palabras son leales,  
y aunque de opinión contraria  
que las vuestras, no por eso  
son menos libres ni francas.

BELTRÁN

Abreviemos de razones:  
la cosa está adelantada  
de tal modo, que ya fuera  
imposible remediarla.  
¿Qué nos importa á nosotros?  
En esta guerra menguada  
venimos por el partido  
que nos compró nuestras lanzas.  
Como podemos servirlosle,  
y á traición ó cara á cara,  
siempre quien vence es el bueno;  
y con razón buena ó mala,  
si lo acabamos nosotros,  
después de darnos las gracias,  
con el dinero de entrambos  
nos volveremos á Francia.

OLIVIER

Esa es la cuenta, señores.  
Pero la noche se pasa,  
y ese buen hombre no llega.

BELTRÁN

Ya empieza á rayar el alba.

OLIVIER

¡Hola! Allá abajo distingo  
dos sombras encapotadas.

BELTRÁN

Él es.

OLIVIER

Sin duda; ¿á quién otro  
dejaran paso las guardias?

VIZCONDE

Pues yo me lavo las manos;  
que os guarde Dios.

(Vase.)

BELTRÁN

Con vos vaya.

OLIVIER

¿Habéis visto?

BELTRÁN

Ya lo he visto,  
pero eso á mí no me extraña;  
pues aunque en Francia criado,  
no hay un francés en su casta.

OLIVIER

Me lo figuré al oírle  
que por Castilla abogaba.

## ESCENA II

EL REY D. PEDRO, embozado; MEN RODRÍGUEZ DE  
SANABRIA, BELTRÁN DE CLAQUIN y OLIVIER DE  
MANNI

RODRÍGUEZ

¿Es don Beltrán?

BELTRÁN

Sí, yo soy.

¿Es don Pedro?

DON PEDRO

Caballero  
francés, en vos solo espero,  
y pronto á partir estoy.

BELTRÁN

Señor don Pedro, me pesa  
por primera vez hablaros,  
y haber de descontentaros.

DON PEDRO

Qué, ¿negáis vuestra promesa?

BELTRÁN

No, señor; mas yo quería  
á estas horas disponer  
de más suerte y más poder  
de lo que tengo en el día,  
para servirlos mejor.

DON PEDRO

Hablemos, señor francés,  
claros: ¿vuestro intento es  
ponerme á precio mayor?  
Sea el que quiera, os prometo  
que obtendréis cuando pidáis  
como á salvo me pongáis.

BELTRÁN

No es ese, señor, mi objeto,  
que me estuviera muy mal  
exigir un precio doble,  
cuando anduvisteis tan noble,  
tan franco y tan liberal.

DON PEDRO

Entonces no hay para qué  
pararse más en decir,  
sino vamos á partir,  
que estoy impaciente, á fe.

BELTRÁN

Señor, ¿es desconfianza  
que tenéis de mí?

DON PEDRO

Convengo,  
caballero, en que no tengo  
sino en Dios solo esperanza.  
Mas de ello no os ofendáis,  
porque es tan fatal mi estrella,  
que todo lo temo de ella.

BELTRÁN

Suplicoos que contengáis  
vuestra impaciencia un momento.

DON PEDRO

¡Vive Dios, señor francés,

que mi situación no es  
para mucho sufrimiento!  
Yo vine fiado en vos:  
conque ó dadme un guía fiel,  
ó yo me vuelvo á Montiel  
á la voluntad de Dios.

BELTRÁN

Vuestra razón imagino;  
mas aguardad un instante,  
y el guía os pondré delante  
que os enseñará el camino.

DON PEDRO

Pues id, y que sea presto,  
porque si mucho tardáis,  
á encontrar os arriesgáis  
desocupado mi puesto.

## ESCENA III

DON PEDRO, MEN RODRÍGUEZ y GUARDIAS

RODRÍGUEZ

Señor, vuestros intereses  
mirad, y ved que en conciencia....

DON PEDRO

Rodríguez, fué una imprudencia  
fiar en estos franceses.

RODRÍGUEZ

Su mala opinión, señor,  
no alcanza á Beltrán Claquin,  
que en todas partes, al fin,  
ganó fama del mejor.  
Le llaman el sin mancilla,  
y goza grandé importancia.

DON PEDRO

Todos son buenos en Francia;  
mas no los quiero en Castilla.  
A tener otro remedio,  
no me fiara en ninguno;  
mas place al hado importuno  
mi desamparo y mi tedio.  
En cuanto puse la mano,  
el cielo me castigó;

destino el cielo me dió,  
Men Rodríguez, ¡bien tirano!  
Sufrí todos sus reveses,  
pero no puedo sufrir  
que me obligue hoy á venir  
á ampararme de franceses.  
¡Oh! Nunca me imaginara  
llegar otra vez á vellos,  
sino lidiando con ellos  
sol á sol y cara á cara.  
Mas nunca mi desventura  
tan extremada creía,  
que á sus tiendas me traería  
solo y en la noche obscura.  
¡Ay! Cuando cuentas le pido  
al tiempo que me ha tocado,  
en tiempo tan desdichado  
quisiera no haber nacido.  
Mas ya la aurora esclarece:  
mucho se detiene ese hombre;  
y, á pesar de su buen nombre,  
que nos vende me parece.  
Si deja que el sol aclare.....

RODRÍGUEZ

No os dé cuidado por eso,  
que de la selva en lo espeso  
metidos.....

DON PEDRO

¡Dios nos ampare!  
¿Cuál es la selva que dices?

RODRÍGUEZ

Lllaman selva, vulgarmente,  
á esa espesura que enfrente  
viendo estáis.

DON PEDRO

¡Ay, infelices  
de nosotros!

RODRÍGUEZ

Pues ¿qué objeto  
halláis, señor, que os asombre  
en esa selva?

DON PEDRO

Su nombre,  
á mi horóscopo sujeto.

No esperemos á que vuelva,  
Rodríguez: *cerca de Castro,*  
*que he de morir* dice un astro,  
y otro dice que *en la selva.*

RODRÍGUEZ

Mas, señor, ved que arriesgamos.....

DON PEDRO

Todo ahora lo entiendo bien:  
el Castro era don Guillén,  
y ésta la selva..... ¡Ah, partamos!  
(Van á salir, y los guardias se lo impiden.)

SOLDADO

¡Atrás!

DON PEDRO

¿Qué es esto, traidor?

SOLDADO

De aquí no podéis salir.

RODRÍGUEZ

¡Ah! Como buenos morir  
en Montiel, era mejor.

DON PEDRO

¡Destino! ¿No estás contento,  
que aun el ultraje me espera  
de morir como una fiera  
acorralada entre ciento?

RODRÍGUEZ

¿Morir decís?

DON PEDRO

Sí, morir.

Pues qué, ¿piensas ¡vive Dios!  
que he de ser yo de los dos  
el que se haya de rendir?  
No cabe en mí tal bajeza;  
que, aunque así Dios me abandona,  
no perderé la corona  
sino al perder la cabeza.  
¡Ira de Dios! ¿Esto á mí?  
¿En una tienda encerrarme  
para venir á matarme  
como asesinos aquí?

¡Infames! ¿Tan ruin traición  
con un Rey tan caballero?  
Mas que vengan; les espero  
sin miedo en el corazón.  
Que vengan esos villanos,  
y vengan cuantos quisieren,  
á presenciar cómo mueren  
los leones castellanos.

RODRÍGUEZ

(Á los soldados.)

Señores, os lo rogamos  
por cuanto hay santo en la tierra:  
dejadnos que en buena guerra  
como quien somos muramos.  
Dejadnos ir á Montiel,  
y aunque sin fortuna, al menos  
peleando como buenos  
acabaremos en él.

DON PEDRO

(Con fereza.)

Sanabrió, aunque los reveses  
de la suerte así me abaten,  
dejadme vos que me maten  
sin rogar á los franceses.  
No quiero que piensen, no,  
que nunca los he temido;  
mis enemigos han sido  
y aun soy su enemigo yo.

## ESCENA IV

DON PEDRO, MEN RODRÍGUEZ, BELTRÁN,  
DON ENRIQUE, etc.

DON ENRIQUE

¿Adónde está ese judío  
que llaman Rey?

DON PEDRO

Aquí estoy.

(Dándose con la mano en el pecho.)

Yo soy don Pedro, yo soy  
ese Rey con tanto brío.  
¿Ni aun siquiera me conoces,  
cuando me haces tal ultraje?  
Yo á ti sí, porque el coraje  
me lo está diciendo á voces.

DON ENRIQUE

Jamás el rostro te he visto,  
porque me dabas horror.

DON PEDRO

Porque te daba pavor  
el mirarme ¡voto á Cristo!

DON ENRIQUE

Con mucha osadía vienes  
donde á humillarte te obligan.

DON PEDRO

Jamás lo haré á los que abrigan  
la sangre vil que tú tienes.

DON ENRIQUE

Ya diste al fin en mis manos,  
excomulgado, perverso,  
azote del universo,  
verdugo de tus hermanos.

DON PEDRO

Bastardo, ten esa lengua,  
que ni en palacio has nacido,  
ni ser mi hermano ha podido  
quien obra con tanta mengua.

DON ENRIQUE

La mengua es tuya, y no mía,  
pues por tus hechos atroces,  
tu pueblo maldice á voces  
tu execrable tiranía.

DON PEDRO

¡Mi pueblo?..... ¡Cuánta arrogancia  
tu infame traición te inspira!  
¿Mi pueblo dices? ¡Mentira!  
¡Tus mercenarios de Francia!  
Sí, sí; vosotros, señores,  
que al compararos conmigo,  
me teméis por enemigo  
porque sois unos traidores.  
Lo dicho, sí, no me arredro;  
¿por qué no osasteis ninguno  
salir al campo uno á uno  
á matar al rey don Pedro?  
Porque lo sois, ¡fementidos!  
Si todas vuestras victorias

son como ésta, vuestras glorias  
son hazañas de bandidos.

DON ENRIQUE

Tú eres el bandido, tú.

DON PEDRO

(Yéndose para D. Enrique.)

Veamos quién de los dos....

DON ENRIQUE

Tú, tú, maldito de Dios,  
Entregado á Belcebú.

(Se abrazan y luchan; los otros se apoderan de Rodríguez y le sacan de la tienda. Al caer, ciérrase la tienda y salen los caballeros.)

OLIVIER

¿Cayeron entrambos?

BELTRÁN

Sí.

OLIVIER

Mas ¿por quién de ellos quedó?

BELTRÁN

Debajo Enrique cayó,  
pero encima le volví.

RODRÍGUEZ

Y ¿es esa, infame traidor,  
de caballeros la ley?

BELTRÁN

Ni quito ni pongo rey,  
pero ayudo á mi señor.

#### ESCENA V

DON ENRIQUE y BELTRÁN

(Sale D. Enrique descompuesto y agitado, con la daga en la mano.)

DON ENRIQUE

Al fin concluyó la guerra,  
concluyendo yo con él;  
libré á Castilla en Montiel,  
y eché un monstruo á la tierra.

BELTRÁN

Fatigado estáis.

DON ENRIQUE

Sí, á fe,  
porque además de la lucha,  
Beltrán, mi ansiedad fué mucha  
cuando debajo me hallé.

BELTRÁN

Lo vi....

DON ENRIQUE

(Le da la mano.)

Que os lo pague Dios;  
que á tener daga en la mano,  
me da la muerte mi hermano.

BELTRÁN

En eso cumplí con vos.

DON ENRIQUE

No lo olvidaré jamás;  
y para mejor probároslo,  
pródigo voy á pagároslo  
de lo pactado además,  
haciéndoos conde de Deza,  
para que desde este instante  
podáis cubriros delante  
de mi trono y mi grandeza.

BELTRÁN

Hice sólo en ayudar  
á mi señor, mi deber.

DON ENRIQUE

Mas lo pudisteis poner  
en las manos del azar.  
Y en fin, hoy es el gran día  
de mi existencia, el primero  
feliz, y el mejor que espero  
en cuanto duré la mía.  
Los que en favor de ese indigno  
aun en Montiel estuvieren,  
que salgan cuando quisieren:  
seré con ellos benigno.  
Ya no hay, Beltrán, para mí,  
rival que me ponga dique.

Mi pendón, clavadle aquí.

(Traen el pendón y lo clavan á la puerta de la tienda.)

¡Castilla por don Enrique!

(Se oyen los tambores y clarines por todo el campamento, perdiéndose á lo lejos entre las voces repetidas de «¡Castilla por D. Enrique!»)

#### ESCENA VI

DICHOS y EL CAPITÁN BLAS PÉREZ, con una corneta de caza colgada á la cintura.

CAPITÁN

¿Quién es don Enrique?

DON ENRIQUE

Yo.

¿Qué demanda? ¿Quién es él?

CAPITÁN

El Capitán que en Montiel  
el rey don Pedro dejó.

DON ENRIQUE

Si viene á implorar perdón  
ó á rendirse á mi bandera,  
libre es para ir donde quiera  
con toda su guarnición.

CAPITÁN

El triunfo os ciega, señor.  
No vengo á implorar perdones,  
sino á imponer condiciones  
al soberbio vencedor.

DON ENRIQUE

¡Vive Dios!

CAPITÁN

¡Por vuestra vida!

No tan pronto os enojéis,  
que es preciso que lloréis  
el crimen de fraticida.

DON ENRIQUE

¡Hola! Prendedle, llevadle.

CAPITÁN

Os tengo, Rey, bien sujeto  
en las redes de un secreto,  
y os importa adivinarle.

DON ENRIQUE

Vendrás á ofrecerme el oro  
que habrá escondido mi hermano;  
mas todo el reino le gano,  
y es de su reino el tesoro.  
¡Intentas comprarme, necio,  
tu vida y lanza con él!  
Sal sin temor de Montiel,  
que ambas á dos las desprecio.

CAPITÁN

¡Oh! No con tanta mancilla,  
señor Rey; guardad memoria  
de que amargar vuestra gloria  
hay quien pudiera en Castilla

DON ENRIQUE

La lengua torpe detén,  
y agradece mi paciencia,  
porque es día de indulgencia.  
Ea, vete.

CAPITÁN

(Acercándose á él.)

¿Y don Guillén?

DON ENRIQUE

¿Guillén de Castro?

CAPITÁN

Ése, sí.

DON ENRIQUE

¿Dónde está, dónde?....

CAPITÁN

Murió.

DON ENRIQUE

¡Murió!

CAPITÁN

Sí; le maté yo.

DON ENRIQUE

(Con ansiedad.)

¿Y una bolsa ....

CAPITÁN

Ésa está aquí.

Tomadla; ese pergamino  
calmará vuestra impaciencia.

DON ENRIQUE  
(Lee.)

«Don Enrique: Vuestra hija, á quien yo mismo saqué de entre las llamas, y de cuya identidad existen documentos legales en el pueblo de la Rioja donde fué hallada, es la que con el nombre de D.<sup>a</sup> Inés ha vivido siempre conmigo.»

¡Oh, traedla á mi presencia!

CAPITÁN

Vuestra ansiedad adivino.  
Pero ya os dije, señor,  
que en vez de implorar perdones,  
vine á imponer condiciones  
al soberbio vencedor.

DON ENRIQUE

Pide, pues, lo que quisieres:  
mi reino es tuyo; pedazos  
hazle, mas tráela á mis brazos,  
tráela, y no me desesperes.  
¡Dichoso día ¡por Dios!  
es éste que me da el cielo;  
yo le pedía un consuelo,  
y el cielo me otorga dos!  
Dos, señores: esa Inés,  
á quien busco, es hija mía,  
hija por quien yo daría  
cuanto hoy en mis manos es;  
fruto de un amor profundo,  
ciego, idólatra, excesivo,  
con cuyo recuerdo vivo,  
por quien diera todo un mundo.  
¡Oh! Figuraos, señores,  
que entero le he recorrido  
tras ese tallo escogido  
del verjel de mis amores.  
Figuraos que sin gloria,  
proscripto, humillado, errante,  
su idea ni un solo instante  
se apartó de mi memoria.  
El viento revuelto y vario  
que agitó el mar de mi vida,  
no osó con mano atrevida  
á este fanal solitario.  
Y en medio de mis azares,

sólo su luz casta y pura  
alumbrió mi desventura  
y adormecié mis pesares.

CAPITÁN

También á mí me alumbrió  
con su antorcha ese fanal;  
mas ¡cuán siniestro y fatal  
ante mis ojos brilló!  
Desataentado y ciego,  
con necio ardor le seguía,  
seguro que á ser vendría  
mariposa de su fuego.

DON ENRIQUE

¡Oh, tú también la has amado!

CAPITÁN

Sí, con ciega idolatría,  
y ella me correspondía  
con amor bien desdichado.  
A vos, al menos, señor,  
os sirvió siempre de estrella,  
mas yo he corrido tras ella  
con inaudito furor.

DON ENRIQUE

¿Qué dices, vil?

CAPITÁN

¡Abre, infierno,  
á mis pies un precipicio,  
ó admite mi sacrificio  
en tu piedad, Dios eterno!

(Volviéndose á D. Enrique de repente.)

¿Qué me darás por tu hija?

DON ENRIQUE

De todo cuanto poseo,  
lo que cumpla á tu deseo,  
lo que tu capricho elija.

CAPITÁN

Dame á don Pedro.

DON ENRIQUE

(Alzando las cortinas de la tienda.)

Aquí está.

Tómale.

CAPITÁN

¡Muerto!

DON ENRIQUE

A mis pies.

CAPITÁN

Como á don Pedro me des,  
mi furor te la dará.

DON ENRIQUE

¿Qué estás ahí, miserable,  
diciendo, que me estremeces?

CAPITÁN

Te pago como mereces:  
el fallo es irrevocable.  
Don Enrique, ella por él;  
él puso en mí su esperanza,  
y yo le juré venganza  
cuando salió de Montiel.

DON ENRIQUE

¿Quién eres, hombre infernal,  
que en mi ventura mayor  
te opones con tal furor  
á mi carrera triunfal?

CAPITÁN

Una serpiente escondida  
en mitad de tu camino;  
soy la voz de tu destino,  
que te arrastró á fratricida;  
soy, don Enrique, un villano,  
un infeliz jornalero,  
que fui noble y caballero  
con su favor soberano,  
y que, vasallo leal,  
pago á mi Rey con usura,  
cavando mi sepultura  
de la suya por igual.

DON ENRIQUE

¿Quién puso en tu corazón  
ese pensamiento impío,  
que aterra mi poderío  
y amedrenta mi razón?  
Esto es un sueño tenaz,  
una horrible pesadilla.

CAPITÁN

No es sueño, Rey de Castilla,  
es la horrible realidad;  
un pensamiento ocurrido  
á mi intención vengadora,  
represalia tan traidora,  
como su muerte lo ha sido.  
Yo á Castro ese pergamino  
arranqué con el objeto  
de tener con tu secreto  
en mis manos tu destino.  
Don Enrique, ella por él;  
no tenéis otra esperanza;  
que así cumplo la venganza  
que le he jurado en Montiel.

DON ENRIQUE

Quitadle de aquí al momento;  
llevad á ese hombre, y que elija:  
ó que os entregue á mi hija,  
ó que expire en un tormento.

CAPITÁN

(Con ironía á los caballeros franceses que cercan á D. Enrique.)

Si, si, llevadme, señores,  
que al cabo es adelantar,  
por verdugos acabar  
empezando por traidores.  
¡Oh! No acariciéis la espada,  
don Claquín, porque os lo llame,  
que no os lavaréis, infame,  
el borron de esta jornada.  
Con vos hablo, don Beltrán,  
que alcanzáis en vuestra tierra  
gran renombre en paz y en guerra  
de invencible capitán.  
Vos, sí, que vuestros trofeos  
no habéis jamás empañado,  
y en tal traición habéis dado  
al pasar los Pirineos.  
¡Oh! Tenderiais la vista  
desde allí por la llanura,  
diciendo al ver su hermosura:  
*Ésta es tierra de conquista.*  
Diriais: *De todos modos,*  
*nada aquí será mancilla,*  
*que al fin es patria Castilla*  
*de vándalos y de godos.*

*Aquí no lo han de tachar,  
porque ese pueblo insensato  
tomará sobre barato  
lo que le queremos dar.  
No hacen falta aquí decoros,  
ni lealtad, ni nobleza;  
cualquier traición es proeza  
en esta tierra de moros.  
Mas olvidasteis, señores,  
que en el pueblo castellano  
nunca faltará un villano  
para llamaros traidores.  
Ahora, llevadme al tormento;  
allí el secreto que abrigo  
morirá á un tiempo conmigo.*

DON ENRIQUE

¡Hombre fatal, un momento  
aguarda! ¿Nada en la tierra  
hay que, por precioso ó grande,  
ni te compre, ni te ablande  
el corazón que le encierra?  
El oro, la libertad.....

CAPITÁN

Sólo el rey don Pedro quiero.

DON ENRIQUE

Diérate el alma primero.

CAPITÁN

Pues bien; entonces, mirad.  
¿Veis de aquel cerro en la loma  
diez soldados?

DON ENRIQUE

Sí.

CAPITÁN

Pues son diez hombres de mi facción.  
¿Veis una mujer que asoma  
entre ellos mal escondida,  
y en sus brazos desmayada?

DON ENRIQUE

Sí.

CAPITÁN

Pues esa desdichada  
es esa Inés tan querida.

DON ENRIQUE

¡Id, caballeros, volad:  
allí está..... mi hija, señores;  
libradla de esos traidores,  
librádmela por piedad!

CAPITÁN

Sí, sí, volad, caballeros;  
de allí no se moverán.

(Á D. Enrique.)

Mas ¿qué creéis que hallarán  
al llegar los más ligeros?

DON ENRIQUE

Tu calma feroz me aterra.  
¿Qué hallarán, hombre cruel?

CAPITÁN

Un crimen más en Montiel  
y otro cadáver en tierra.

(Se aplica á los labios la corneta de caza y hace una señal, á cuyo sonido se vuelve á él D. Enrique espantado: los soldados que tienen á D.<sup>a</sup> Inés, la matan.)

DON ENRIQUE

¿Qué haces?

CAPITÁN

¿Os ha estremecido  
este sonido fatal?  
Temblad, sí, que á esta señal  
su cabeza habrá caído.

(Un momento de pausa: D. Enrique se cubre el rostro con las manos. El Capitán, con desesperación.)

Reinad, don Enrique, sí;  
pero sabed con horror  
que yo asesiné á mi amor  
cuando con mi Rey cumplí.  
Cuando á su sepulcro helado  
baje á pedirle un asilo,  
*Dormid, le diré, tranquilo;  
don Pedro, ya estáis vengado.*  
Vos, por tan fiera traición,  
su corona os ceñiréis;  
mas de espinas llevaréis  
coronado el corazón.

# GANAR PERDIENDO

COMEDIA EN TRES JORNADAS